

profese una moral que está tan poco en armonía con el genio de la antigüedad. El lento trabajo de los siglos preparaba el camino al cristianismo. ¡Espectáculo admirable! Aquellos mismos que condenaban á los cristianos trabajaban por el progreso de la nueva religion, enseñando y practicando la humanidad y la caridad.

Escuchemos los consejos que Plinio dirige á un amigo, nombrado para el gobierno de la Grecia: «Vas á Atenas, debes mandar en Lacedemonia: Sería inhumanidad, crueldad y barbarie el quitarles la sombra y el nombre de libertad que les quedan. Ten continuamente presente que hemos tomado nuestro derecho de ese país, que no hemos impuesto leyes á ese pueblo despues de haberle vencido, sino que él nos ha dado las suyas, por habérselo rogado.... No ataques la dignidad, la libertad, ni aún la vanidad de nadie. Nada de orgullo, nada de dureza. El terror es un medio poco seguro para atraerse la veneracion, y se obtiene lo que se quiere mucho más fácilmente por amor que por temor. Porque el temor desaparece en cuanto te alejas, mientras que el amor queda» (1).

Los sentimientos humanos de que está penetrada el alma de Plinio resplandecen en toda su belleza cuando habla de sus esclavos. «La enfermedad de mis gentes, escribe á un amigo, la muerte de algunos en la flor de su edad, me han llenado de tristeza.... No ignoro que otros muchos tratan de semejantes desgracias como de una simple pérdida de bienes, y que con tales ideas se creen grandes hombres, y muy sabios. En cuanto á mí no sé si son tan grandes y tan sabios como lo piensan, pero sé bien que no son hombres» (2).

¡Quién no admirará estos sentimientos, al pensar que es un Romano el que los expresa, y con ocasion de la muerte ó de la enfermedad de un esclavo! ¿Se dirá que este maestro humano, este

(1) *Epist.* VIII, 24.

(2) *Epist.*, VIII, 16. En otra parte escribe: «Tengo siempre presente este verso de Homero: *Tenia para sus gentes una dulzura de padre.* Y no olvido el nombre de padre de familia, que entre nosotros se da á los amos.» (*Epist.* V, 19.) Compárese *Epist.* II, 6: «Mis libertos no beben el mismo vino que yo, pero yo bebo el mismo vino que ellos.»

pensador que habla de amor y de caridad, no condena, sin embargo la esclavitud, que no dice una palabra en favor de la libertad humana? Responderémos que Jesucristo y San Pablo, aunque predicaban la fraternidad y la igualdad, no se cuidaban de pedir la abolicion de la esclavitud, y que, por el contrario, predicaron la sumision á los señores y á todos los poderes. Las grandes reformas se operan lentamente; cada hombre tiene su parte en este largo trabajo de la civilizacion. No se realiza el progreso sino cuando se han madurado los tiempos. ¡Gloria á todos los que á él hayan contribuido con sus esfuerzos!

§ V. — Plutarco.

La filosofía de la historia, tal como nosotros la queremos hoy, era desconocida de los antiguos. No se la encuentra en los escritos de Plutarco, aún cuando historiador y filósofo. Mezcla, á la verdad, observaciones filosóficas con sus relaciones, pero se refieren á la moral más que al derecho de gentes. Tiene él mismo el cuidado de decirnos que escribe con un objeto moral estas biografías, que han tenido el raro privilegio de encantar á los más grandes genios (1). Como filósofo, Plutarco no tiene sistema propio. Procede de Platon; pero el estoicismo, aunque le ataca, ha ejercido también influencia sobre sus doctrinas políticas (2). La filosofía de Plutarco se enlaza á una concepción religiosa, superior por sus tendencias á las creencias paganas. Hemos apreciado el sincretismo, obra imposible, pero que revelaba la necesidad de una fe nue-

(1) PLUTARCH., *P. Emil.*, c. 1: «La historia es para mí como un espejo en que me miro, para tratar, en cuanto esté en mí, de arreglar mi vida y de formarla sobre las virtudes de los grandes hombres.... Ocupado en componer estas Vidas, me instruyo á mí mismo, recogiendo sin cesar en mi alma los recuerdos de los hombres más virtuosos y más ilustres; y si contraigo, por el contagio de la sociedad en que estoy obligado á vivir, alguna disposicion viciosa, depravada é indigna de un hombre de honor, me basta para rechazarla y desterrarla lejos de mí, para calmar, para dulcificar mi pensamiento, volverme hácia estos modelos perfectos de sabiduría y de virtud» (Traduccion de PIERRON).

2 RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. IV, p. 532.

va. El filósofo griego, alma profundamente religiosa, fué arrastrado en este movimiento de los espíritus. Los incrédulos buscaban en la diversidad y las contradicciones de las religiones un argumento contra su verdad. Plutarco prueba que esta variedad oculta una unidad superior. Tal es el objeto de su tratado sobre los dioses del Egipto; las religiones de la antigüedad aparecen en él en cierta manera desnacionalizadas y toman un carácter de universalidad: « Los dioses no difieren de un lugar á otro, no hay dioses distintos para los Griegos, para los Bárbaros, para los pueblos del Norte y para los del Mediodía. Sino que de la misma manera que el sol, la luna, el cielo, la tierra, el mar son lo mismo para todos, aunque se les llame con diversos nombres en diversos lugares, así también no hay sino un solo espíritu que dirige este mundo, no hay sino una Providencia para gobernarle, aunque los diversos pueblos le den nombres diferentes » (1).

La tendencia á la unidad se manifiesta lo mismo en las doctrinas políticas de Plutarco, que en sus sentimientos religiosos. La filosofía comenzaba á entrever la unidad del género humano; el Imperio parecía realizarla. Estas causas reunidas produjeron en Plutarco un cosmopolitismo sublime, pero exagerado (2). Escuchemos al filósofo griego en el lenguaje de *Amiot*: « No hay por naturaleza país distinguido, ni patria, ni casa, ni heredad, ni tienda de cerrajero ó de cirujano; sino que cada una de estas cosas es, ó mejor, se dice, y se considera propia de aquel que la habita y de aquel que se sirve de ella: porque el hombre, como decia Platon, no es una planta terrestre, que tiene sus raíces fijas en la tierra, ni que sea inmóvil, sino que es celeste, cuya raíz es la cabeza, de la cual nace el cuerpo que se dirige hácia la parte opuesta al cielo. Hé aquí por qué Hércules decia en una tragedia: *Que me tengan por Argivo ó Tebano, no me envanece el ser de un lugar determinado; toda ciudad griega es mi patria*. Sócrates decia aún mejor, que no pensaba ser ni de Atenas ni de la Grecia, sino del mundo. *¿ Ves tú este alto infinito firmamento, que en su seno diáfano contiene firmemente abrazada la redondez de la tierra?* Estos son los límites de nuestro país, y no

(1) PLUTARCH., *de Iside et Osir.*, c. 67.

(2) *IBID.*, *de Exil.*, c. 5 (traducción de AMIOT).

hay ninguno que dentro de ellos deba considerarse como desterrado, ni peregrino ni extranjero: allá donde existe el mismo fuego, la misma agua, el mismo aire, los mismos magistrados, los mismos gobernadores y los mismos presidentes, el sol, la luna, la estrella de la mañana; las mismas leyes para todos, bajo un mismo orden y bajo una misma conducta; el mismo rey y príncipe de todo cuanto existe, Dios, que tiene en su mano el principio, el medio y el fin de todo el universo.»

Siguiendo el curso de estas ideas, Plutarco se eleva á un espiritualismo exaltado, que recuerda los sentimientos del Evangelio: « El hombre no es extranjero en parte alguna, pero su alma es extranjera en este mundo: ha abandonado el cielo para unirse á un cuerpo terrestre y mortal » (1). Los cristianos se consideran, como Plutarco, extranjeros en esta tierra, lugar de destierro y de expiación. Hémos aquí lejos del patriotismo antiguo. El cosmopolitismo de Plutarco tiene aún de comun con el cristianismo el que la idea de patria desaparece en una concepción que desata al hombre de la tierra y no le deja ver más que el cielo. San Agustín, aunque no se atreva á renegar abiertamente de la patria, confiesa que los deberes que ella impone son una carga de la que el cristiano procura emanciparse para entregarse á la contemplación y al cuidado de su salvación (2). Del mismo modo Plutarco, lejos de considerar el destierro como un mal, parece ver en él un bien, porque liberta al hombre de los deberes para con su patria (3). Estando Estratónico en la isla de Seripa, que es muy pequeña, preguntó á su huésped por qué crimen se castigaba con el destierro á los malhechores de su país. Y como le hubo respondido que era por crimen de falsedad: ¿y cómo no cometes tú alguna falsedad, le replicó, á fin de salir de esta estrecha prisión? Porque si quieres considerar la verdad desapasionadamente aquel que ha aceptado una ciudad es extranjero y peregrino en todas las demas, porque no es honrado ni razonable el que, abandonando la suya propia vaya á habitar la de otros; pero aquel á quien la fortuna

(1) PLUTARCH., *De Exil.*, c. 17.

(2) SAN AGUST., *de Civit. Dei*, XIX, 19.

(3) PLUTARCH., *de Exil.*, c. 7, 8.

le ha quitado la que le era propia, le es permitido aceptar la que le plazca. Elige la mejor y la más agradable ciudad, el tiempo la convertirá en país propio, que no te distraerá de tus negocios, no te desagradará, no te mandará: contribuye, véte á Roma con alguna embajada, recibe al capitán en tu casa, toma algún cargo. El que tenga bien todo esto en su memoria, con tal que tenga entendimiento y no esté cegado por la vanidad, elegirá y deseará ser deserrado, aunque sea con el inconveniente de ir á habitar á la pequeña isla de Gyara ó á la estéril de Cinara, en que los árboles y las plantas no pueden crecer, sin arrepentirse y sin quejarse de ello.»

Plutarco censura á los estóicos por haber desertado de su patria para entregarse á sus discusiones filosóficas; acrimina á los Epicúreos por su voluptuosa pereza; celebra á Platon y sus discípulos, que se han ocupado por todas partes de la cosa pública (1). El filósofo no ve que presentando á la patria como una traba, traspasa, como los estóicos, los límites del verdadero cosmopolitismo. ¿Cómo se explica que Plutarco se haya separado en esto de los sentimientos de su maestro Platon? Hemos dicho que la dominación romana favoreció las ideas cosmopolitas; pero á fuerza de extender el círculo de la patria lo relajó. Los Griegos y los Galos no tenían ya por patria la Grecia y la Galia, y les era difícil ser ciudadanos entusiastas del inmenso imperio, tumba de su independencia. La filosofía sufrió esta influencia perniciosa; negó la patria, olvidando que las naciones tienen su origen en Dios. Había, sin embargo, un aspecto verdadero en el cosmopolitismo de Plutarco, la idea y la necesidad de la unidad. Solamente que la unidad, en lugar de fundarse en la destrucción de las nacionalidades, debe basarse en su existencia armónica.

El cosmopolitismo que Plutarco profesaba se había como encarnado en Alejandro Magno. Séneca, extraviado por el amor de la humanidad, prodigó el ultraje al genio más humano que la antigüedad produjera. Plutarco, por lo mismo que estaba despojado de todo vínculo de patria, estaba admirablemente dispuesto para juzgar al héroe griego; el filósofo se colocó á la altura del con-

(1) PLUTARCH., *de Repugnant. Stoic.*, c. 2; *Adversus Coloten*, c. 38, 34, 32.

quistador. «La administración ó forma de gobierno del estado tan estimada que Zenon ha imaginado, tiende casi toda á este solo punto, en suma, y es que nosotros, es decir, los hombres en general, no vivamos divididos por ciudades, pueblos y naciones, hallándonos todos separados por leyes, derechos y costumbres particulares, sino que nos consideremos todos como hombres, así la clase media como los ciudadanos, y que no haya sino una clase de vida, como no hay sino un mundo, ni más ni ménos que si fuese un mismo rebaño pastando en pastos comunes bajo la dirección del mismo pastor. Zenon ha escrito esto como pensamiento ó idea de una administración ó de leyes filosóficas que había formado en su cerebro; pero Alejandro llevó á ejecución real lo que el otro había figurado por escrito. Porque no hizo lo que Aristóteles, su preceptor, le aconsejaba, que se condujera con los Griegos como padre y con los Bárbaros como señor, y que tuviese cuidado de los unos como de sus amigos y de sus parientes, y se sirviese de los otros como de las plantas y de los animales; sino que, creyéndose un enviado del cielo, como reformador, gobernador y reconciliador del mundo, obligó por la fuerza de las armas á los que no pudo juntar por los consejos de la razón; y reuniendo en unidad todas las partes, haciéndoles beber á todos, por decirlo así, en la misma copa de la amistad y mezclando juntas las vidas, las costumbres, los matrimonios y las maneras de vivir, ordenó á todos los vivientes que consideraran la tierra habitable como su país, todas las gentes de bien como parientes los unos de los otros, y sólo á los malvados como extranjeros; por lo demás, que el Griego y el Bárbaro no serian distinguidos por el manto ó la cimitarra, sino señalados y conocidos, el Griego por la virtud y el Bárbaro por el vicio, reputando Griegos á todos los virtuosos y Bárbaros á todos los viciosos.» El objeto de las conquistas de Alejandro era, pues, «procurar una paz universal, concordia, union y comunicacion entre todos los hombres, viviendo los unos con los otros.» Tal es el sentido que Plutarco da á aquella frase célebre: «*Si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes*», que es tanto como decir: «si yo no me hubiera propuesto mezclar las naciones bárbaras con las griegas, y viajando por toda la tierra habitable embellecer y cultivar todo lo que yo encontráre de salvaje, aproximar la Macedonia al

mar Océano, sembrar en ella la cultura de la Grecia y esparcir por todas las naciones la paz y la justicia, no permanecería en ociosa delicia, sino que querría imitar la sencillez y frugalidad de Diógenes. Pero ahora, perdóname, Diógenes, imito á Hércules, voy tras de Perseo, sigo las huellas de Baco, quiero hacer ver una vez más á los Griegos victoriosos haciendo bailar á los Indios. Se dice que en estas regiones hay también algunas gentes que hacen profesión de una sabiduría austera y desnuda, hombres sagrados y que viven con sus leyes, entregándose exclusivamente á la contemplación de Dios, con menos necesidades que Diógenes: por mí los conocerá Diógenes y ellos á Diógenes. Es necesario que yo haga y grave también moneda de forma griega que circule entre las naciones bárbaras» (1).

Esta idea de las conquistas de Alejandro es la más elevada que haya concebido un autor antiguo. Hemos dicho en otra parte lo que el ideal de Plutarco tiene de exagerado; el filósofo, así como el conquistador, excedían los límites de lo posible, queriendo absorber todas las naciones en una gran unidad. No impide esto que la misión del héroe macedónico haya sido una de las más gloriosas que Dios ha confiado á un hombre.

§ VI. — Epicteto.

La doctrina de Séneca presenta grandes relaciones con el cristianismo. A medida que avanzamos en la filosofía del Imperio esta semejanza aumenta. ¿Cuál es el objeto de la filosofía, según Epicteto? No se cansa de repetir que no es la ciencia la que hace al filósofo, sino las obras. «¿Es verdadero sabio aquel que ha leído muchas obras de Crysipo? — Es como si yo dijese á un atleta que me mostrara sus hombros y me respondiese: Hé aquí mis mazas de plomo (2). Tú me muestras también tus mazas de plomo; pero yo quisiera ver el efecto de tus ejercicios. — ¿Ignoras tú que el

(1) PLUTARCH., *de Alexandri Magni fortuna*, I, 6, 9, 10.

(2) Los luchadores se ejercitaban con mazas de plomo.

libro de Crysipo (1) no cuesta más que cinco dineros? ¿El que no sepa más que interpretarlo, vale más que cinco dineros? (2) — «Aunque hubieseis leído todas las obras de Crysipo, de Antipater y de Arquedemo, os faltaría mucho aún para ser filósofo. ¿Quién de nosotros no sabe hablar sabiamente del bien y del mal, y decir que hay cosas buenas, malas, indiferentes? Pero si se levanta algún ruido mientras disertamos, si uno de nuestros oyentes se nos burla, hénos ya abatidos. ¿Qué ha resultado ¡oh filósofos! de vuestros preceptos? ¿De dónde sacabais vuestras enseñanzas? No se hallan, pues, sino en vuestros labios.» Los hombres que saben solamente hablar de filosofía no son, á los ojos de Epicteto, más que gramáticos (3). ¿Cuál es el verdadero estóico? «El que conforma sus acciones á sus principios; el que, aunque enfermo, es feliz; el que, en medio de los peligros, es feliz; el que, al morir, es feliz; el que, castigado con el destierro, es feliz; el que, cubierto de ignominia, es feliz: hé aquí el estóico» (4). La sabiduría práctica del filósofo es una preparación para la religión de Cristo, que pide también, no ciencia, sino obras. Así, pues, el objeto del estoicismo y del cristianismo es el mismo, el perfeccionamiento del hombre. Sin duda la perfección del Pórtico no es la del Evangelio; sin embargo, hay en ellos maravillosas analogías.

Amar á Dios ante todas las cosas, tal es el fundamento de la doctrina de Jesucristo. Dios es también el punto de partida de Epicteto; quiere que la vida del hombre sea una continua aspiración hacia Dios, que se dedique todo entero á él, que viva en él (5). *Pascal* ha expuesto admirablemente esta parte de la doctrina de Epicteto. Dejemos la palabra al pensador cristiano; su testimonio no es sospechoso: «Epicteto es uno de los filósofos del mundo que mejor ha comprendido los deberes del hombre. Quiere, ante todas las cosas, que mire á Dios como su principal

(1) Una obra de Crysipo titulada: *περί ὀρηγῆς*.

(2) EPICET., *Dissert.*, I, 4, 6, 13, 16.

(3) IBID., II, 17, 40; II, 9, 15-18; II, 19, 6.

(4) IBID., II, 19, 23, 24.

(5) ἔξει δὲ τὸν θεὸν σύννοτον. EPICET., *Fragm.* 120. Compárese *Fragm.* 119: «Es necesario hablar todos los días de Dios, más á menudo que comer; es necesario pensar en Dios más á menudo que respirar» (Compárese *Dissert.*, II, 14, 11-13, III, 24, 114; II, 8, 13, 14).